

LOS JUEGOS OLÍMPICOS DE LA ANTIGÜEDAD

The ancient olympic games

José María Sesé Alegre

Profesor de la Unidad Central de Humanidades. UCAM

DIRECCIÓN PARA CORRESPONDENCIA:

Dr. José María Sesé Alegre
Unidad Central de Humanidades
Universidad Católica de Murcia
Campus de Los Jeronimos s/n
30107 Guadalupe (Murcia) España
E-mail: jmsese@pdi.ucam.edu

Fecha de recepción: Abril 2007 • Fecha de aceptación: Octubre 2008

Introducción

El mundo helénico nos ha legado tantas cosas que casi podríamos decir que nosotros, los occidentales, no somos más que grecolatinos evolucionados con un alma cristiana. A veces su influencia es tan profunda que nos parece que los protagonistas de su historia son casi contemporáneos nuestros. La democracia, la filosofía, la búsqueda de la verdad y de la belleza, de la perfección en suma, son *inventos* griegos que nos han formado como personas y como universitarios. Lo mismo ocurre con el deporte. Surgido de la religión y de la búsqueda de la paz entre las diversas polis (ciudades-estado) helenas, la competición deportiva fue foro de lucha y campo de perfección, belleza, nobleza y democracia.

Todos alabamos el arte griego, el modelo en que se mira todo lo clásico, pero pocas veces nos percatamos de que muchos de sus más impresionantes logros fueron para –y por– representar deportistas. Junto a la más famosa de sus esculturas, el Discóbolo de Mirón, del que sólo nos han llegado copias, estaba el Agias de Lisipo, un campeón del Pancraccio ennoblecido por el cincel del gran escultor, y el Corredor de Maratón, y el Joven de Antiquitira o el jinete de Artemisio... El Hermes de Praxíteles en realidad es un atleta y el Doriforo de Policleto, el canon de los cánones del cuerpo masculino heleno, era una representación del atleta perfecto. Quizá el ejemplo más genuino de esta fusión entre arte y juegos deportivos sea el Auriga de Delfos, porque con las riendas en la mano lleva todavía ceñido el lazo de la victoria en sus sienes y, además, fue realizado inmediatamente después de las Guerras Médicas, lo cual lo convertiría en todo un símbolo de la paz y de la unidad de la Hélade (la antigua Grecia).

Si ampliamos la estatuaria a los relieves, el número de representaciones deportivas se multiplica por diez. Y si nos fijamos en las pinturas que decoran la gran cerámica griega de período clásico la cifra ya es colosal. Sólo en el Ática conocemos la existencia de 1.571 piezas con representaciones olímpicas. Y todo ello sin citar la escultura olímpica por excelencia y la única de las siete maravillas del mundo que hace referencia a los deportes: la esta-

tua de Zeus Olímpico, la obra maestra del gran Fidias, realizada en marfil y que presidía la ciudad del Deporte, Olimpia.

I. Origen y significado de los Juegos

Los Juegos Olímpicos fueron considerados por los griegos como un regalo de los dioses a la antigua Grecia. Nosotros los contemplamos como un regalo de ésta a la Humanidad.

En una época en que las luchas de los griegos entre sí eran constantes, el oráculo de Delfos, consultado por los elianos les instaba a reunirse en Olimpia y, olvidándose de la Guerra fratricida, convertir su antagonismo en una noble competición en el campo de los deportes. Aunque formaban decenas de polis, los juegos Olímpicos les recordaban que poseían una lengua común, un origen racial común, unas leyendas comunes y un culto común a los doce dioses mayores que moraban en el Olimpo. Para alabar a Zeus, precisamente, el mayor de todos ellos, fue para lo que se crearon los Juegos Olímpicos. Por si fuera poco, el espíritu de comparación, la competición, era algo que corría por la sangre helena junto a sus glóbulos blancos y rojos. Los griegos competían por todo. Hasta el mismo teatro –otro de los grandes legados griegos– era en esencia una competición en la que ganaban su corona los Esquilo o Sófocles (al pobre Eurípides el concurso le fue esquivo).

Origen divino y competición noble entre estados de toda la Hélade. Todo ello marcaba los Juegos. El objetivo era ganar a través del juego limpio; no de la guerra. Ésta es la razón por la que el premio no podía consistir en dinero, ni tierras, ni nada material. Los atletas recibían el galardón en forma de corona de olivo (no de laurel, como se ha escrito), que simbolizaba la gloria eterna. Los griegos compitieron así durante centurias para ganar sólo un trofeo en forma de hojas de un árbol, pero esta corona está ligada a los ideales de los Juegos Olímpicos. Todos competían en igualdad de condiciones, sin importar su escalafón social. El primer gran campeón, el primer ganador de la primera Olimpiada, fue un cocinero llamado Korigos de Elis. No se puede buscar mejor ejemplo para definir el carácter democrático y amateur de los Juegos.

Los juegos panhelénicos y sus lugares de celebración

En la antigüedad griega existieron más juegos deportivos panhelénicos que los denominados Olímpicos. Los juegos Ístmicos, por ejemplo, se celebraban en Istmia, en la unión del Peloponeso con el resto de la Heláde, en lo que se ha llamado siempre el estrecho de Corinto. Y los juegos de Nemea, por otra parte, donde se coronaba al vencedor con una corona de apio –sic–, se celebraban cada dos años. Los más famosos de todos ellos –excluyendo los Olímpicos– eran los juegos Píticos (la palabra deriva de la Pitonisa) que se celebraban en la ciudad montañera de Delfos, sede del célebre Oráculo y lugar máximo de culto a Apolo, el dios de la música, la poesía y la belleza. Agrupaba a más de 9.000 peregrinos, que acudían a ver estos juegos panhelénicos de singular organización, ya que se dividían en atléticos y artísticos. Los primeros se desarrollaban en el Estadio, mientras que el concurso musical y literario era en el Teatro. Afortunadamente Delfos se ha conservado bastante bien hasta nuestros días, por lo que es posible hacerse una buena idea de todo lo referente a los juegos y al Oráculo. Los juegos Píticos se celebraban cada cuatro años, como los Olímpicos y como los de Atenas. La actual capital de Grecia dedicaba sus juegos Panatenienses a Atenea. Duraban solamente dos días y también se disputaban certámenes de poesía y música, como en Delfos. Los Panatenienses eran los únicos certámenes deportivos dedicados a una mujer (aunque ésta fuera diosa): Atenea, patrona de Atenas a quien cedía su nombre. Estos juegos terminaban con la más preciosa y maravillosa procesión nunca vista en la Heláde, que concluía en la Acrópolis frente a la enorme estatua de Atenea, justo delante del Partenón, el edificio de los edificios en el mundo clásico.

Filipo II, que participó en varias olimpiadas, ganando las carreras de caballos en tres de ellas seguidas, dio alas a los juegos de Dión, ciudad situada en Macedonia, de donde era rey y que se hallaba a los pies del monte Olimpo. Allí, en esa montaña sagrada, residencia de los dioses por excelencia, lugar de veneración de Zeus mismo y que había dado nombre también a la propia Olimpia, fue donde se fraguaron los Juegos Olímpicos. Y allí también, a sus pies –en Dión– nacieron los últimos juegos panhelénicos, llenos de espectáculos atléticos y teatrales. El mismo Alejandro Magno, antes de partir para sus conquistas asiáticas, otorgó bastante importancia a estos juegos de Dión, que su padre Filipo había dotado de cierto esplendor. Todos estos certámenes panhelénicos (destinados a todos los griegos) se celebraron en paralelo durante el periodo clásico de la Heláde, pero ninguno de ellos tuvo la importancia y la trascendencia para todos los siglos posteriores que adquirieron los Juegos que cada cuatro años convocaban a todos los atletas en Olimpia.

La llama olímpica

Aunque el fuego ha sido un símbolo universal en todas las religiones y se adoptó como símbolo de los Juegos Olímpicos Modernos, con esa carrera de relevos que se pasa la antorcha de unos a otros simbolizando la cadena de la vida, no existía esa costumbre en la antigua Grecia. La inspiración del Barón de

Coubertain de esta costumbre viene de la carrera de relevos de los antiguos Juegos, donde los corredores se pasaban una antorcha en vez del testigo actual. Esta antorcha había sido encendida delante del templo de Zeus, donde ardía una más grande en honor al padre de los dioses. Actualmente es delante del Heraion (el templo de Hera) donde se enciende la primera antorcha olímpica antes de iniciar su peregrinaje por los cinco continentes hacia la nueva ciudad organizadora de los juegos modernos. Al ser encendido por las vírgenes (*pártenos*, en griego clásico; de ellas viene el término *Partenón*: casa de las vírgenes), éstas deben hacerlo en el templo de la deidad femenina mayor: Hera, esposa de Zeus (la Juno de los romanos).

Olimpia

La ciudad de Olimpia está situada en el Oeste del Peloponeso, a orillas del río Alfeo. Se trata de una ribera tranquila y verde, en la que abundan las colinas de escasa elevación. Hacia el año 6000 se habitó por primera vez este emplazamiento, convirtiéndose durante los siglos XIV y XIII a JC en un centro religioso de adoración a los doce dioses del Olimpo. Esto fue lo que le dio el nombre: Olimpia. En época micénica ya era un centro religioso de primer orden, que dio origen a que en el 776 se organizaran en ella los primeros juegos atléticos.

Como siempre, los griegos gustaban de explicar todo mediante un mito. El de Olimpia es el siguiente. Los dioses olímpicos discutieron. Zeus luchó contra Cronos (la colina más grande de Olimpia se llamaba así), el más peligroso de los titanes, y venció. Por su parte, Apolo, dios de la música y la poesía, como ya se ha dicho, ganó a Marte, el dios de la guerra, e incluso venció en la carrera a Hermes, el alado mensajero de los dioses, lo que hizo que el lugar fuera doblemente sagrado. Por si fuera poco, Hércules, después de superar sus célebres trabajos, fue el primero en organizar los juegos en Olimpia, donde se veneraba a estos dioses imbatibles: Zeus y Apolo. Él, Heracles (Hércules en latín), fue el que con su pie estableció la longitud del estadio olímpico: 600 pies suyos. Como el estadio medía 192,28, hay que deducir que el pie de Hércules medía alrededor de 32 cm. Sin duda Hércules podía haber jugado en la NBA, ya que con un pie así, su altura superaría con seguridad los dos metros. Fue también Hércules el que confeccionó el primer *kotinos*, la corona hecha de una rama de olivo que se trajo del norte y que plantó en el centro de Olimpia. Todo *kotinos* debería salir de sus ramas a partir de entonces. No es éste el único mito acerca del inicio de los Juegos Olímpicos. El más popular de ellos nos habla de Pelops (a quien el Peloponeso, debe su nombre: *isla de Pelops* –según la leyenda, entonces no estaba unida al continente por el istmo de Corinto–) que estaba enamorado de Hipodamia, la bella hija de Enomaos, rey de la zona. Enomaos recibió la profecía de que moriría a manos del esposo de su hija, por lo que no quiere que ella se case con Pelops. Para impedirlo organizó una carrera de carros, prometiendo dar la mano de su hija al vencedor. Pelops participó, pero también Enomaos, con aviesas intenciones. Para distraer a Pelops no se le ocurrió otra cosa que poner a su hija Hipodamia en el carro de su pretendiente. De esta forma Pelops se distrae-

ría con la belleza y compañía de su amada y no ganaría la carrera, y él se proclamaría vencedor quedándose de por vida con su hija. Pero todo le salió mal, Enomaos no sólo no se distrajo con Hipodamia, sino que la presencia de su amada le espoléó para vencer... y, encima, el que se cayó del carro, feneciendo al instante, fue el propio Enomaos. Pelops ganó la mano de su amada pero estableció que la carrera de carros se realizara cada año en honor de su suegro fallecido, el rey Enomaos. Esta historia solía representarse mediante dos palomas blancas unidas. Se decía que cuando a una doncella se le aparecía junto a ella una pareja de palomas blancas juntas era el destino que le unía al hombre que estuviera a su lado en ese momento. De aquí viene el símbolo de la paloma blanca olímpica, que dio más tarde lugar a la paloma de la paz.

Elis

Lo cierto es que Olimpia no era propiamente una ciudad habitada en la época griega clásica, como tampoco lo es ahora. Su terreno pertenecía a la Polis de Elis. Y era esta ciudad-estado quien de hecho organizaba los Juegos Olímpicos. Cada cuatro años sus heraldos proclamaban por toda la Hélade la convocatoria de las pruebas y extendían por todos los caminos el anuncio de la paz entre los griegos, la existencia de la tregua olímpica hasta que acabaran los juegos. Desde ese momento atletas de todos los confines del mundo griego –desde Sicilia a Egipto– marchaban para reunirse a los pies de la acrópolis de Elis, a veces reuniéndose en grupos antes de comenzar la marcha; otras, con sólo unos cuantos compañeros y entrenadores. La ciudad en aquel entonces tenía unos tres kilómetros de este a oeste por otros dos de norte a sur y poseía una gran colina en medio, algo más baja que la de Atenas: la Acrópolis.

Quizás el mito elitano sea el más cierto de todos cuantos se cuentan sobre el origen de los Juegos. Hacia el 1200 a JC todas estas tierras eran dóricas, descendientes de la gran invasión que llegó a Grecia desde el Noroeste de Europa. Pero los dorios-griegos, muy belicosos, estaban siempre en guerra. Por ello, el rey de Elis decide peregrinar a Delfos y preguntar al célebre oráculo de Apolo qué hacer. El Oráculo es concluyente: debe instaurar unos juegos donde todos compitan en paz, sólo por una corona sin valor material. Y así lo hace. A su regreso organiza los primeros juegos Olímpicos. Es el año 776 a JC. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que los juegos fueron casi la única ocupación de Elis, su razón de ser y la raíz de su fama y de su independencia.

La organización de este evento supuso la mayor preocupación de Elis como polis en 1.100 años de historia. Sus edificios más emblemáticos eran precisamente para entrenar: dos gimnasios, la palestra, el hipódromo... Elis creó los juegos; y los juegos crearon Elis: la ciudad más pacífica de Grecia gracias al armisticio. Hasta el teatro de Elis fue uno de los más sofisticados de toda la Hélade.

Una vez establecido el armisticio, la paz mundial durante los juegos, ante el templo de Zeus, nadie podía llegar a Elis ni a Olimpia con un arma. El armisticio debía proteger asimismo el viaje a Olimpia y el regreso a casa de cada cual, por lo que se ampliaba un mes más allá del final de los juegos. Si alguien in-

cumplía el armisticio, aunque fuera golpeando a un ciudadano rival con un puñetazo, la polis a la que pertenecía el infractor era echada con ignominia de los juegos y no se le dejaba participar más. Todo apunta a que los griegos se tomaron muy en serio la tregua olímpica y ni siquiera durante las guerras fratricidas llamadas "del Peloponeso" osaron violarla.

El Altis y la zona deportiva

El corazón sagrado de Olimpia se llamaba el Altis. Al este de su centro se hallaba el templo de Hera, esposa del padre de los dioses: el Heraion, edificio de orden dórico, y canon o modelo de tantos otros posteriores. Y al oeste, el de Zeus, el más importante de Olimpia, con la célebre estatua de Fidias en su interior. De hecho, a Fidias se le construyó un taller cercano para que pudiera trabajar a gusto en la célebre escultura del dios. Este estudio del escultor fue la única zona que se mantuvo en pie durante los siglos de decadencia de Olimpia, después de la prohibición de los Juegos, gracias a que fue convertida en iglesia paleocristiana. Dentro y alrededor de él se han encontrado recientemente muchas herramientas y joyas de cristal. Pertenece al mismo Fidias un jarrón que se conserva en el museo de Olimpia, con su nombre inscrito en la base. El enorme edificio del templo de Zeus es obra del arquitecto eliano Ligonas y se emplearon 14 años en su construcción. De entre su magnífico aparato escultórico sobresale la parte externa de su frontón occidental, donde se representa la carrera de Pelops y Enomaos, con Zeus en el centro actuando de juez. El templo es de estilo dórico y fue el canon, el prototipo (la medida, en griego) del templo clásico heleno, junto al de Hera, durante generaciones, hasta que el Partenón de Atenas ocupara su lugar. La parte más hermosa de sus esculturas es la de la lucha entre los lapitas y los centauros. Los centauros, seres mitológicos con cabeza de hombre y cuerpo de caballo, se emborracharon en una fiesta que organizaron los lapitas, e intentaron violar a sus mujeres. El combate entre unos y otros no se hizo esperar. Se apareció el mismo Apolo, dios de la poesía, luchando de parte de los lapitas contra los centauros, a los que apoyaba a su vez Marte, dios de la guerra. Y vencieron los lapitas. En realidad toda esta historia era una parábola que alababa la razón (Apolo y los lapitas) por encima del mundo animal y de la guerra (los centauros violadores y Marte). Los restos que han llegado hasta nosotros de esta parte del templo son ciertamente hermosos. El edificio tenía 17 m de altura y la estatua de Zeus, realizada como ya dijimos por Fidias en marfil, casi alcanzaba esa altura: lo justo para encajar dentro sin romperse. Fue el año 400 antes de Cristo cuando se instaló la estatua en el templo, donde permaneció 800 años. El año 393, con el cese de los juegos, el emperador Teodosio ordenó que fuera trasladada a Constantinopla y desde entonces está en paradero desconocido. Así se perdió una de las siete maravillas del mundo. De hecho, de la célebre lista sólo nos queda una, las pirámides de Egipto, y pequeños vestigios de otra, el templo de Artemisa en Éfeso.

Más allá de ambos templos se hallaba la arcada de los heraldos, llamada *Antilalos*, que significa *lugar del eco*. Su nombre le viene del hecho de que desde ella se proclamaban todas las ha-

zañas olímpicas, se declaraban inaugurados los juegos, se anunciaban los campeones, etc... En general, los anuncios resonaban 7 veces acompañados de los célebres trompeteros. Este lugar era bien singular, una especie de altavoz sin electricidad que se oía a la perfección desde lejos. Cerca del Antilalos había otras estatuas de Zeus llamadas *Tanes*, pagadas por aquellos que quebrantaron las leyes de los juegos. Hoy se pueden ver doce bases de estatuas, lo que indica que fueron muy pocos los que emplearon métodos poco ortodoxos para ganar en los juegos.

También muy cerca de los templos se levanta el *Buleterion*, edificio en el que se guardaban los registros de los Juegos. A su alrededor la grandeza del Altis quedaba subrayada por los cientos de estatuas con los bustos de reyes, de generales y de campeones olímpicos que lo adornaban y por los pequeños edículos, llamados *Tesoros*, donde cada Polis ofrecía sus presentes a los dioses patronos. Por fin, presidía el Altis el magnífico edificio del *Pritaneo*, la sede de los jueces y el tribunal Olímpico, auténticos magistrados de los juegos.

Fuera de la zona sagrada del Altis, Olimpia ofrecía a los peregrinos una gran zona de competición. En ella estaba el *Estadio*, que no tenía asientos propiamente dichos, salvo para los helanodikes (los jueces) y algunos dignatarios, en su parte sur, pero que podía albergar unos 45.000 espectadores de pie o toscamente sentados sobre la hierba en pendientes de los aldios. El *hipódromo*, con sus impresionantes dimensiones (780 m de largo por 200 m de ancho), era la pista más grande de competición. Desgraciadamente, esta área no ha podido ser todavía excavada ya que fue arrasada por el río Alfeo hace tiempo y las excavaciones deben todavía continuar. Junto a él, aparecía el *Gimnasio*, donde entrenaban todos los atletas, especialmente los de Penthalon, que era un edificio rectangular con arcadas en los 4 costados que eran utilizadas en caso de mal tiempo o simplemente como pistas auxiliares; y la famosa *Palestra* para púgiles y luchadores. Ambos edificios han llegado en mejor estado que el hipódromo.

También se hallaban en esta zona deportiva las habitaciones de los atletas y otros aposentos como vestuarios, baños y depósitos para el aceite con que se untaban el cuerpo los atletas de entonces.

Como cada vez venían más espectadores a Olimpia, comenzó a ser un grave problema la escasez de agua potable. Para ello se levantó el *Ninfeo*, depósito de agua que podía abastecer hasta 50.000 personas. Filipo II construyó, asimismo, en el siglo IV, un templo circular también en el Altis, el Filipeion, para conmemorar la batalla de Queronea. Le acompañaba un edificio residencial que también utilizaría su hijo Alejandro Magno.

Dos días antes de los Juegos los participantes en ellos se dirigían en una gran procesión desde Elis a Olimpia, al Altis, hasta el templo de Zeus. Esta magna peregrinación olímpica, de la que hablaremos más tarde, tardaba dos días en llegar. Elis distaba –y dista hoy en día– 57 kilómetros de Olimpia (300 estadios). Sobre lo que hacían al llegar tanto jueces como atletas y entrenadores hablaremos en la tercera parte de este trabajo al centrarnos en el orden cronológico de los juegos y la sucesión de los acontecimientos. Antes pasaremos a analizar cómo era cada uno de los deportes olímpicos.

II. Los Deportes Olímpicos

Para los griegos, la educación física corría paralela a la educación del espíritu. Tener un cuerpo atlético era parte de la cultura que todo heleno debía poseer. En muchas ciudades los chicos se educaban en el Gimnasio, especie de escuela mixta entre el aprendizaje de la mente y el del cuerpo. Todas las polis tenían su gimnasio donde los pedagogos enseñaban, entre sus arcadas, la cultura y el arte, y donde se practicaban deportes. Si quisiéramos describir esa educación la palabra sería *armonía*. El desarrollo espiritual, la inteligencia y el ejercicio físico habían sido las aptitudes que habían hecho grandes a Heracles (Hércules) y a Aquiles. Y esos eran los modelos a quienes querían parecerse todos los jóvenes helenos. Armonía hacia la perfección y ritmo, ya que muchas veces entrenaban bajo el sonido de la flauta. Este culto hacia lo perfecto era parte del espíritu griego. Y es una de las razones que se barajan para explicar por qué todos los participantes en los juegos Olímpicos debían ir desnudos. El heleno pensaba que un cuerpo atlético era una representación de arte y de cultura y, por lo tanto, debían mostrarse así ante los demás. Sobre la no participación de las mujeres en los juegos ni siquiera como espectadoras y la desnudez de los concursantes ha habido infinitas teorías. Resulta raro para el intelectual actual que los inventores de la democracia no dejaran asistir a las mujeres a los Juegos. Se ha dicho que era precisamente porque los atletas iban desnudos. Y no es así. La desnudez es posterior a la prohibición de la asistencia de la mujer y más bien es al contrario: van desnudos para que se vea que son hombres en todo el sentido pleno de la expresión. No es preciso darle más vueltas: la mujer tenía prohibido ver y participar en los juegos, pese a que se permitía asistir a bárbaros (extranjeros) e incluso a esclavos, la mujer lo tenía totalmente prohibido. Aun así hubo alguna que se saltó esta regla. Es famoso el caso de Calipátida, hija del muy querido y sabio Diágoras, campeón olímpico de boxeo. Al morir su marido, que entrenaba a su hijo para la lucha, decidió seguir con el entrenamiento ella misma. Como ella no podía entrar en el recinto sagrado, decidió disfrazarse de hombre y presentarse como el entrenador de su hijo Pisídoros. Pero para su desgracia, su hijo ganó. Entusiasmada por la victoria se abalanzó hacia él corriendo para abrazarle, con tan mala fortuna que la túnica se cayó, desvelando su feminidad. La pena por haber engañado a todos, incluso a los jueces, era la muerte, pero el tribunal, enternecido le perdonó todo castigo por ser hija, hermana y madre de cuatro campeones olímpicos. Calipátida se convirtió en un símbolo desde entonces. Ahora es muy respetada en Grecia y una asociación femenina deportiva lleva su nombre (existe una historia parecida de los primeros tiempos de los juegos sobre una madre llamada Fenerika de Rodas).

Atletismo

Como hemos dicho más arriba, los griegos competían en todo: en artes, en filosofía y hasta en las cuestiones más nimias de la vida cotidiana. Quién corre más rápido, quién salta más, su carácter era comparativo en todo. Por tanto, la competición

más antigua era la carrera. Los Juegos Olímpicos comenzaron con ella. Y, de hecho, el atletismo sólo se componía de carreras, ya que el lanzamiento de disco o jabalina y el salto de longitud eran parte de otro deporte: el Penthalon.

Antes de cada carrera se establecía el orden en la pista de acuerdo con un sorteo. Este orden no tenía la importancia de hoy en día, ya que no había curvas. Por lo tanto, todos tenían referencias al menos con el corredor de al lado. En Olimpia, los corredores realizaban la carrera a todo lo largo del estadio y luego volvían por el mismo camino, tal como se sigue haciendo hoy en las piscinas olímpicas. Después de este sorteo imparcial, todos ocupaban su puesto. La postura atlética de salida era bastante distinta de la actual. El cuerpo permanecía erguido, inclinado hacia delante, con la mirada fija en la meta. Los brazos se extendían hacia delante con las palmas hacia abajo como si fuera a lanzarse a una piscina. Esto daba contrapeso a la punta de los pies y ayudaba a una salida más rápida. De todas formas, no solían producirse salidas muy rápidas, ya que el atleta griego era muy prudente debido a las gravísimas sanciones que recibía si se adelantaba a la señal. El juego limpio era una auténtica obsesión en Olimpia y los impacientes debían refrenar mucho su ímpetu. Para garantizar que todos los corredores salían al unísono se inventó un artefacto llamado el *Igsplix*. Este sistema fue impuesto primero en los Juegos de Nemea y vista su utilidad fue adoptado por los Olímpicos en el siglo V. Cada corredor tenía delante una madera móvil a la altura del pecho. Este brazo de madera estaba apoyado en otro vertical que se clavaba en el suelo. Su apariencia era bastante similar a estos artilugios de metal que permiten la entrada en el metro, sólo que el brazo no se accionaba por tu propio impulso sino por una cuerda que pendía de él y que terminaba en la mano del juez que se situaba detrás de los corredores. Este juez de salida mantenía tensas todas las cuerdas en su puño cerrado. Cuando abría la mano todas las barreritas de madera caían y el corredor tenía expedita la salida. En definitiva, se trata del mismo sistema –un poco menos complejo– que el que se emplea hoy para las carreras de caballos

El atletismo se desarrollaba, como queda dicho, en el estadio, que medía 192,27 m. Había seis modalidades de carrera, la primera era la *Dromos*, carrera de velocidad que consistía en hacer todo el estadio a lo largo. Existían además dos carreras de semifondo: el *Dículo*, que consistía en ir y volver a lo largo de todo el estadio (384,54 m), venía a ser como nuestra carrera actual de 400 m, y la *hípica*, que con sus cuatro "vueltas" al estadio equivalía a la actual prueba de 800 m (769,08 m).

La carrera de fondo se denominaba *Dólico* y consistía en hacer 24 estadios (4.615 m) a la pista. Todos los corredores competían descalzos y la pista solamente se recubría de arena.

Al final del siglo VI se incorpora una carrera que sería considerada por muchos como la prueba más interesante del atletismo olímpico. Se le llamó *Hoplitódromos*, porque sus participantes debían correr como si fueran auténticos hoplitas (soldados griegos de infantería, componentes de la célebre falange helena). La carrera consistía en dar dos vueltas al estadio, pero llevando todas sus armas encima: casco, grebas, escudo... Al final de los tiempos olímpicos esta carrera se corría con sólo el escu-

do y el casco. Hay que señalar que llevar las armas no suponía tampoco ir vestido y se competía también totalmente desnudo, salvo la parte del cuerpo que cubrían éstas. Esta prueba era reservada sólo a personas maduras (los chiquillos no aguantaban una carrera con tanto peso) y levantaba tanta expectación que se cambió su horario a la hora del crepúsculo del último día para que todos pudieran verla y concluyeran los juegos con ella.

La sexta y última prueba eran los relevos por equipos. Cada polis tenía el suyo y su planteamiento era similar al actual 4 x 100, aunque el testigo era una antorcha. De aquí viene la costumbre actual de pasarse la antorcha unos atletas a otros en relevo antes de los Juegos Olímpicos.

Las anécdotas se han sucedido a lo largo de los siglos en estas pruebas atléticas. Argeo (Argeas) de Argos (en el 328 a. JC), por ejemplo, se quedó tan contento de su victoria en el Dólico que siguió corriendo hasta su ciudad natal para dar la noticia de su triunfo esa misma noche (Argos dista 100 km de Olimpia). Otros momentos han sido más luctuosos, como por ejemplo la muerte del espartano Ladas mientras corría también el Dólico en la 85 olimpiada (445 a. JC). Fueron de todos modos los espartanos o lacedemonios (Lacedemonia era como en realidad se llamaba la polis cuya capital era Esparta) los que más famosos se hicieron en el atletismo. Su proverbial educación en la dureza y el deporte les hacía especialmente aptos para estas carreras. Los más famosos campeones espartanos de todos los tiempos fueron Etimocles y Antigonos.

Ser el mejor en este deporte, el Atletismo, era muypreciado, porque tenía una recompensa adicional. La Olimpiada era recordada con el nombre del máximo vencedor en estas pruebas. Así, la primera olimpiada es conocida como Olimpiada de Korigos que, como mencionamos en otra parte de este trabajo, era un cocinero de Elis.

Es preciso señalar que en los Juegos Olímpicos de la Antigüedad no existía la prueba de Maratón que todavía hoy rememora la célebre carrera que realizó Filípides para anunciar a Atenas la victoria de los griegos sobre los persas en la llanura de Maratón; palabra que hoy ha pasado a significar una carrera de igual distancia y que suele concluir con los Juegos Olímpicos de la Modernidad.

Lucha

Desde los tiempos de Homero la lucha gozaba de buena salud como deporte entre hombres hábiles y corpulentos, incluso entre los soldados. En Olimpia se aceptó como el segundo deporte en liza y tenía lugar en el Altis, enfrente de los grandes templos.

La lucha se componía, en los juegos Olímpicos, de tres tipos de combate. La más antigua era la *lucha libre*, creada en la 18 olimpiada (708 a. JC). Las reglas fueron surgiendo poco a poco. Leontisco, por ejemplo, consiguió dos veces la corona de olivo sin haber derribado al adversario, ya que mediante una técnica personal conseguía romperle los dedos terminando así el combate. Sin embargo, las llaves de cuello, torso y brazos (no se utilizaban las piernas salvo para realizar zancadillas) fueron convirtiendo la lucha libre en una prueba más parecida a la actual

lucha grecorromana de hombres cada vez más corpulentos. Esto no significa que la inteligencia quedase al margen, ya que Filón de Crotona, púgil de escasa envergadura, triunfó seis veces consecutivas entre los años 540 y 516, con el ejemplo de longevidad olímpica más amplio conocido por el autor de estas líneas. De hecho, fue uno de los deportistas más famosos de la antigüedad, citado en innumerables lugares.

Cada llave de la lucha libre recibía el nombre de la parte del cuerpo en la que se aplicaba. Para inmovilizar la cabeza, por ejemplo, se empleaba el *besolabi*. Aunque la llave más practicada era muy parecida a una actual: se tomaba al adversario por la cintura con fuerza, para arrojarlo hacia el aire de manera que cayera de bruces en el suelo. Otra muy común era la llamada *posición del carnero*, con los dos oponentes agarrados por los brazos, con los pies hacia atrás y la cabeza gacha hacia delante, casi tocándose por el pelo. De esta guisa aparecen bastantes luchadores en cerámica de toda índole. Lo normal era la lucha vertical de pie. Perdía aquel que era tres veces derribado. Pero durante una larga época la lucha persistía en el suelo hasta que uno quedaba exhausto y admitía su derrota levantando la mano con un dedo extendido, como se puede observar también en más de una crátera. Por si no hubiera quedado claro en todo lo que venimos diciendo, en la lucha libre no se podía golpear, sólo agarrar.

El segundo tipo de lucha era el *pugilato* o boxeo, muy similar al actual, incluso en su entrenamiento con sacos en forma de pera. La evolución en este deporte se centró en la protección de las manos. Al principio, los púgiles golpeaban con los puños desnudos, más tarde se liaban en torno a los dedos unas tiras de piel sin curtir de unos 2 cm de ancho y cerca de 3 m de largo (la mano quedaba como vendada). Atarse esas vendas era difícil por lo que los púgiles añadieron en el siglo IV el *oxisimantes*, un refuerzo de madera de más consistencia. De esta guisa podemos contemplar al célebre púgil sentado que nos ha dejado la estatuaria griega. Al final, ya en época romana (en el 146 a. JC Roma conquista Grecia), los romanos cambiaron el espectáculo... los guantes se reforzaron con hierro y plomo para que hubiera heridas. Ambos púgiles aparecían armados con guanteletes reforzados de hierro y plomo, lo cual hacía mucho más brutal y sanguinaria la pelea. Una táctica muy típica que empleaban los luchadores de pugilato era irse moviendo hasta que la luz cegase al contrario. Esto ayudaba a forzar la derrota del adversario y era totalmente legal. Si la pelea quedaba en tablas, los jueces forzaban lo que se llamaba el *climax*. El primer púgil golpeaba al otro sin que éste pudiera moverse ni esquivar el golpe. Luego pegaba el segundo; y así se iban sucediendo hasta que uno derribaba al otro. Supongo que causará estupor al lector esta forma de liquidar el combate, pero lo cierto es que un juego muy similar se practicaba en mi colegio cuando era muy pequeño. Aunque nunca participé, los más fuertes disfrutaban jugando a la "bofetada estoica" que así se llamaba. En vez de golpes eran bofetadas pero el resultado era el mismo.

El más famoso de todos los luchadores de Olimpia, excepción hecha de Filón de Crotona, fue Diágoras de Rodas (hay quien equivoca ambos nombres sumándolos y habla de Crotón de Rodas), que fue un excepcional púgil. El poeta Píndaro le dedica

unos versos encendidos admirado de su fortaleza y valentía, y le describe como un hombre que jamás bajaba la cabeza. Su final es quizá el más glorioso de todos cuantos atletas hayan competido en Olimpia. Después de haber ganado en varias olimpiadas, asistía como espectador a la última, en la que dos de sus hijos fueron campeones en distintas pruebas. Después de coronarlos a ambos, éstos le levantaron en hombros, ensalzando a su padre y maestro. En ese momento Diágoras era el hombre más feliz de toda Grecia, tanto que su corazón falló y cuando sus hijos le dejaron en el suelo estaba muerto. Perdió la vida, pero ganó la gloria más imperecedera en toda la Hélade y su nombre quedó grabado con letras de oro en el libro eterno de los Juegos Olímpicos.

El boxeo fue admitido en la 23 olimpiada (el 688 a. JC). Diez olimpiadas más tarde (el 648 a. JC) se incorporó el *Pancraccio*, mezcla de lucha y pugilato. El Pancraccio era la lucha más brutal, en la que se permitía prácticamente todo excepto morder, por ser propio de animales (sic). Tanto los competidores como sus seguidores tenían fama de ser los más incultos de todas las olimpiadas, lo que no impidió que Filipo II de Macedonia, padre del célebre Alejandro Magno, compitiera en el Pancraccio. Prueba del desprecio que los intelectuales sentían por esta prueba la podemos observar en este texto de Luciano:

"¿Qué pretenden estas gentes? Ésos se lanzan a dar patadas al contrario. Éstos de aquí ruedan por el suelo entrelazados como si fueran cerdos. Aquéllos se precipitan uno contra otro golpeando con el cráneo como si tratara de machos cabríos..."

El Pancraccio también tuvo un ganador mítico. Se llamaba Tegeris y era de Tassos, pero como no era una prueba muy querida por los poetas, carecemos de los versos que dedican a otros deportistas.

Penthalon

Por el contrario, el Penthalon era el deporte más apreciado por todos. Los griegos adoraban al hombre perfecto y qué duda cabía que los atletas que competían en este deporte eran los más completos. Se convirtieron en los reyes individuales de las Olimpiadas, idolatrados por todos; y ello provocó que en él compitiera lo mejor de cada polis, y dentro de ésta lo mejor de cada casa.

El Penthalon era bien antiguo: se estableció el 708 a. JC, en la célebre 18 olimpiada, intentando armonizar la rapidez con la resistencia y la fuerza con la belleza. Lo componían cinco pruebas: la carrera, el disco, el salto de longitud, el lanzamiento de jabalina y la lucha. Existe un ánfora ateniense en el museo británico de Londres que recoge a la perfección las tres pruebas específicas del Penthalon.

La mitología griega admitía que el invento de este deporte había sido obra de Jasón, responsable de la reunión de los cinco deportes en uno. Según la leyenda, lo inventó en la celeberrima expedición de *los argonautas* por Asia Menor, que él dirigía. Pileas, gran amigo de Jasón, era muy bueno en todos los deportes que se organizaban, pero no conseguía ser el primero en ninguno, ocupando siempre la segunda plaza y demostrando así que era el más completo de todos los atletas. Para homenajearle, Jasón

decidió reunir los cinco deportes en uno. Y Pileas ganó, sumando los puntos de todos ellos. Lo cierto es que aunque esta leyenda fuera verdad, Pileas jamás ganaría el Penthalon de los Juegos Olímpicos, porque a diferencia del actual *Decathlon*, que sí se gana por puntos, en Olimpia había que ganar tres de las cinco pruebas para proclamarse campeón.

Cabe decir que el disco, la jabalina y la longitud sólo se practicaban en esta prueba. No existían como pruebas independientes de Atletismo. Los atletas más cualificados y completos solían ganar este deporte, que gozaba de gran prestigio entre políticos, artistas e intelectuales. Lógicamente el mayor triunfador de Penthalon de todos los tiempos fue un ateniense: Calipos. De la carrera y la lucha ya hemos hablado más arriba. Pasemos a analizar, pues, las pruebas que sólo existían en este deporte.

El salto de longitud se originó en la vida cotidiana. Es quizá el desafío más típico aparte de la carrera: a ver quién salta más. La prueba de longitud era un tanto distinta de la actual, ya que el saltador llevaba dos piedras (una en cada mano) para darse impulso. La técnica era un tanto compleja, pero el hecho es que no se cambió a lo largo de toda la etapa clásica. La piedra para darse impulso pesaba entre 1,5 y 2 kilos. Los atletas agarraban la pesa a través de un agujero en su interior y la balanceaban una en cada mano hacia delante y hacia atrás. Mientras realizaban esta operación flexionaban los brazos y las piernas para obtener una menor masa de superficie corporal y dar así una menor resistencia al aire. De esta guisa, se impulsaban hacia delante (con un paso intermedio o no, como veremos). En cuanto el cuerpo llegaba al momento cenital del salto, el atleta empleaba las pesas arrojándolas hacia atrás para dotarse de un mayor impulso.

Hasta ahí todo parece claro, pero tenemos un problema con la interpretación de los récords, que nos hace suponer que el salto no era único. Sabemos que el récord en la época clásica fue de 55 pies, lo que nos da una distancia de 16,31 m (en época romana se llegó a 16,66 m) Esta distancia es absolutamente imposible de alcanzar con un único salto. Los investigadores han propuesto dos posibles soluciones: primero, que esa cifra era la suma de dos saltos distintos, de modo que en la antigüedad no se escogía al mejor, como actualmente, sino la suma de dos. O, segunda posibilidad, que esta prueba fuera similar al triple salto actual; es decir, que en el momento de coger impulso se diera un primer paso-salto, volviéndose a batir sobre una única pierna y así realizar el salto final. En el primero de los casos tendríamos un récord de 8,30 m que aún hoy sería un buen resultado en cualquier competición. En el segundo de los casos también sería un resultado excelente teniendo en cuenta el peso de las piedras antes del salto final y que se daba sólo un paso –y no dos como ahora–.

En cuanto a los lanzamientos del Penthalon, el de disco era el de mayor belleza, como queda demostrado en esa impresionante estatua del gran Mirón, que hoy conocemos con el nombre de Discóbolo. El disco era de piedra, pero más tarde se trocó en uno de metal: bronce o plomo. Dependiendo, pues, del material en que estuviera elaborado el disco y de su tamaño, la diferencia de peso fue grande (desde 1,3 a 6,6) a lo largo de toda la historia de las Olimpiadas, pero hay que aclarar que todos ti-

raban con el mismo disco, por lo que en realidad la igualdad estaba garantizada, aunque fuera distinto el disco en cada Olimpiada. La manera de lanzarlo era bastante similar a la actual. Por cierto, la descripción de esta prueba ya se puede leer en Homero, en concreto en el relato de los juegos que organizó Aquiles en honor de la muerte de Patroclo, su primo y amigo, a las puertas de la Troya sitiada por los helenos.

La jabalina, sin embargo, se lanzaba en la antigüedad con ayuda de una correa, llamada *angiles*, que se ataba a la jabalina en forma de lazo, enlazándose también en los dedos índice y medio. El resto de la lanza se sujetaba con tres dedos. En el momento de lanzar la jabalina el atleta tiraba del lazo, lo que provocaba una rotación en el aire, llegándose así a conseguir una mayor longitud de lanzamiento que en la actualidad. Miguel de la Quadra Salcedo logró cuando era joven un récord mundial con un lanzamiento similar aprendido de algunas tribus indias de la actualidad, pero estos récords no fueron homologados. Jenofonte describe un lanzamiento de jabalina como el actual, pero sin carrera. En ambos casos –el olímpico y el más actual que describe el escritor griego– la jabalina poseía la altura de un hombre y era de madera. Es fácil originar este deporte en la misma caza y en la batalla, por lo que parece que se practicó desde muy antiguo, aunque en Olimpia sólo se hiciese dentro del Penthalon.

Hípica

La hípica surgió en la 25 olimpiada (680 a. JC). Se realizaba en el hipódromo, que es la parte de Olimpia peor conservada en la actualidad, como quedó ya señalado, porque quedó anegado por el Alfeo hace ya muchos años y ha crecido notable vegetación. De todas maneras, sabemos que medía 400 m de largo por 200 m de ancho, que la pista era de arena y que existían dos postes para dar la vuelta. En total, la distancia que recorrían los caballos era seis veces la longitud total de la pista, es decir, 4.800 m. Como los jinetes iban también desnudos tampoco se permitía cualquier tipo de silla, siendo muy comunes las caídas del caballo.

Existían dos tipos de carreras, a lomos del caballo o con carro. Estas últimas podían dividirse en tres: carro simple, *biga* y *cuadriga*, dependiendo de si se utilizaba la tracción de uno, dos o cuatro caballos, respectivamente. En el caso de las carreras de carros el concursante era también único y se le denominaba auriga. En el museo Vaticano hay un bellissimo ejemplo de Biga en mármol de la época helenística, y una de las esculturas más famosas de la antigua Grecia es, precisamente, el Auriga de Delfos, aunque éste corriera en los juegos Píticos (por eso va vestido) y no en los Olímpicos. En todas partes se encuentran referencias a las carreras de carros. En la tragedia *Electra*, una de las más representadas de Sófocles, hay toda una descripción de la carrera en la que se citan hasta que los árbitros fueron escogidos por sorteo. Homero mismo habla de ellas y Píndaro dedicó no pocos versos a la hípica olímpica.

La hípica despertaba pasiones en todos los ámbitos. No sólo entre los intelectuales. Muchos políticos no se perdían ninguna carrera o participaban de alguna forma en ellas. El mismísimo

Alcibiades participó en las Olimpiadas ganando varias carreras. Su magnanimidad en el banquete que ofreció tras una de sus victorias se hizo proverbial, llegando a ser puesto como ejemplo durante varias olimpiadas posteriores de amabilidad y buen gusto (por lo visto hubo banquete incluso para los caballos rivales). En honor de la verdad hay que señalar que éste es el único deporte en el que el vencedor era el propietario del caballo y no quien competía, por lo que el bueno de Alcibiades no se montó nunca en uno de sus caballos ni carros vencedores. Este hecho dio pie, asimismo, a una de las grandes paradojas de los juegos olímpicos: que en una competición donde no se permitía competir ni asistir a las mujeres, la ganadora fuera una mujer. Es el caso de varias damas atenienses cuyos caballos se proclamaron vencedores. Como ellas eran las dueñas, ellas recibieron la corona de olivo. Los más famosos ganadores de la hípica, al margen de Alcibiades, fueron Areo de Esparta, Cleóstenes de Epidaurio, Hierón de Siracusa y Arquélao.

Otro dato importante a tener en cuenta en estas carreras es que el que tenía que finalizar la prueba era el caballo y no el jinete. Habitualmente si éste caía, el caballo se paraba o seguía una ruta distinta, pero ocurrió en este deporte uno de los casos más insólitos de todas las olimpiadas. Una yegua llamada Aura, montada por un tal Feidolas, que cayó en la primera vuelta de la prueba, siguió las seis vueltas en solitario hasta que oyó las trompetas que aclamaban su triunfo. Se paró en seco nada más cruzar la meta, convirtiéndose así en una leyenda de Olimpia. Este hecho insólito gustó tanto a los helenos que le levantaron una estatua en el propio recinto olímpico. Todavía en época romana era posible ver la estatua de Aura junto a la de Hércules.

Para los que gusten del arte clásico existe una escultura bien interesante en la imaginería griega de la hípica. Hoy en día es conocida como el jinete de Artemisio y en ella se puede observar a un jovencísimo jinete montando a pelo un caballo lanzado a la carrera en el momento de mayor amplitud de distancia entre las patas.

Las carreras de carros se conocían desde la antigüedad, pero tardaron un siglo en ser olímpicas. Quizá lo más importante es que requerían tener dinero, ya que carros y caballos valían mucho y eso no parecía muy amateur. De hecho, era considerada la prueba de los ricos y de los aristócratas. De acuerdo con el espíritu de los juegos, no podía ser –ni era– la más apreciada, pero sí una de las más populares por su espectacularidad. Además, las pruebas hípicas fueron las únicas que provocaron accidentes serios, muchos heridos y un puñado de cadáveres, a lo largo de los siglos. A pesar de ello –o a lo peor, gracias a ello– siguieron teniendo público abundante y muy fiel a este deporte hasta el final de las Olimpiadas.

El hipódromo, que estaba en la parte más baja de Olimpia, junto al río, era abarrotado por el público antes del amanecer, como el estadio, para asegurar el sitio. Los carros se alineaban en forma de cuña (*ipafesi*), con el del centro más adelantado. Delante de ellos había un delfín de bronce situado en lo más alto de un palo. Cada carro tenía una cuerda delante de los caballos, que impedía que éstos avanzaran. Detrás de todos ellos había otro palo con un águila de bronce en la punta. Cuando iba a comenzar la carrera se subía el águila y se bajaba el del-

fín. Entonces caía la cuerda de los carros más atrasados, que al ponerse en movimiento iban haciendo caer sucesivamente lo que impedía la marcha de los carros anteriores. La cuerda de cada cual bajaba, pues, cuando los de atrás se ponían al mismo nivel que los anteriores, siendo la última en caer la que había delante del carro que formaba la punta de la cuña. Al caer ésta comenzaba la carrera propiamente dicha. La mayor distancia que recorrían los últimos carros, se compensaba porque ya iban en carrera cuando arrancaba el más adelantado. El sistema era complicado, pero parece que bastante equitativo y que además evitaba los accidentes y encontronazos en la salida. Otro caso era durante la carrera, donde sí había accidentes y heridos, como quedó dicho, sobre todo en los intentos de coger el carril más interior del hipódromo en las curvas (en el hipódromo sí que las había; no como en el estadio), donde lógicamente las vueltas eran más cortas.

En total había seis competiciones de carreras de carros. Tres para caballos adultos (uno, biga y cuadriga) y tres para jóvenes (lo mismo). Existió también una prueba, llamada *Calpi*, para Yeguas. En ella, el jinete se desmontaba en la última recta y los equinos acababan corriendo a ciegas hasta la meta. Estas yeguas fueron de las pocas campeonas olímpicas que hubo, aunque su dueño fuera quien se llevara la corona.

Hubo otros deportes relacionados con Olimpia, pero que nunca llegaron a ser considerados como de competición en los Juegos. Los más famosos fueron los relativos al levantamiento de peso, que servían como entrenamiento y fortalecimiento de brazos y piernas en la palestra o el gimnasio. Ha quedado registrado que uno de los atletas llegó a levantar 143 kilos, pero no sabemos muy bien cómo.

III. El Calendario Olímpico

Como hemos señalado más arriba, los Juegos tenían unas semanas de preparación inmediata en Elis. A ella llegaban todos los atletas y entrenadores de la Hélade que querían participar. Algunos eran bien jóvenes, por lo que eran divididos por los jueces en niños y hombres. Los más jóvenes podían participar en atletismo o lucha pero no en las carreras de carros. Se conoce la participación de un atleta de 12 años, aunque lo normal era que comenzaran con 14 años. Esto prestaba una longevidad importante a los atletas, ya que algunos llegaban en buena salud a los cuarenta años, pudiendo ser campeones en seis o siete olimpiadas. En Elis los jueces seleccionaban para los Juegos sólo los que habían entrenado duro. Había que demostrar armonía y perfección y que se sabían las reglas y estaban libres de sacrilegio o asesinato.

Los jueces (*helladikonaí*), a su vez, habían sido escogidos minuciosamente entre los ciudadanos de Elis y llevaban diez meses entrenándose en el conocimiento de todas las reglas y trucos de cada deporte. Por ser siempre distintos y ciudadanos de la misma ciudad gozaban de notable prestigio y nadie ponía en duda su honestidad.

En la víspera de la inauguración, por la mañana, todos los representantes de las polis de la Hélade y de las colonias y el extranjero salían de Elis y se dirigían hacia Olimpia formando

una multitud colorista. Les seguían los atletas, acompañados de sus entrenadores y de los jueces supremos (*hellanodikae*). Elis distaba 300 estadios de Olimpia (unos 57 km). Este trayecto se realizaba en casi dos días, para llegar en la tarde de la segunda jornada al Altis. Las delegaciones oficiales estaban formadas por los ciudadanos más distinguidos y llevaban criados portando los tesoros que se donarían a los dioses en los altares de Olimpia, ganándose su favor. Oro, escudos, bustos, estatuas. En la 91 olimpiada, Alcibiades, el gran político ateniense, llevaba carros inmensos llenos de manjares y presentes para celebrar su posible victoria en hípica (carrera de carros) y, como hemos visto, ganó. De aquella comitiva se habló durante generaciones.

En Olimpia esperaban los "peregrinos" –así solía llamárseles a los futuros espectadores–, que llevaban a veces más de dos semanas de camino, e incluso un mes, para recorrer más de mil kilómetros. 15 ó 20 días de viaje era lo normal. Los peregrinos iban en todos los medios de transporte. En barco llegaban los de Sicilia y la Magna Grecia o desde Alejandría, en el periodo helenístico. Los había que se habían traído esclavos, y también curioseaban los extranjeros. Los romanos, después de la conquista de la Hélade, tenían tantas ganas de ser olímpicos que se les dejó participar pese a no ser helenos: no en vano eran los amos del Mediterráneo. Extranjeros pero, como quedó dicho, nada de mujeres. Las pocas que llegaban acompañando a algún familiar debían quedarse más allá del Alfeo o de la colina llamada Cronos, que tapaba las vistas lejanas del estadio. Si se trasgredía esta norma, la ley decía que había que lanzarlas desde lo alto del monte Tipeo para que murieran destrozadas contra las rocas de abajo. Desconocemos cuántas veces se llevó a cabo esta trágica sentencia e incluso si se llevó a cabo.

En general, todo el mundo se sentaba a ver los juegos democráticamente, pero hubo sitios especiales para los invitados de mayor renombre. Estos asientos eran de mármol y a veces se guardaban de Olimpiada en Olimpiada, como el célebre de Gorgos, el lacedemonio, cónsul de Elis.

Primer día

En la tarde del primer día de los juegos –el segundo desde que se salía de Elis– la procesión de atletas y jueces que venía desde la ciudad cercana penetraba en el Altis y se detenía frente al Buleuterium, y ante la estatua de Zeus Horkio (dios del juramento con un rayo en cada mano) juraban haber entrenado y seguido durante diez meses las normas que establecían los juegos y que competirían con nobleza en ellos. Los jueces a su vez juraban no dejarse sobornar, actuar con rectitud y guardar silencio sobre lo que averiguasen de un candidato que no fuera aceptado. A toda esta ceremonia se le denominaba Panegerys (de ahí deriva la palabra castellana panegírico), que terminaba con el concurso para escoger a los mejores heraldos y trompeteros que anunciarían las pruebas y los triunfos de la Olimpiada. Herodoros, un ciudadano de escasa estatura de Megara, ganó diez veces el concurso de trompetero, siendo el más famoso en esta faceta en toda la historia del Olimpismo. Antes de retirarse a descansar, cada delegación ofrecía sacrificios a los dioses para que

les fueran propicios o dejaban a los pies de la estatua de su dios-protector los presentes y tesoros traídos para la ocasión. Los tesoros que nos han llegado representan la mayor evidencia de que a Olimpia venía gente de todo el mundo: los hay de ciudades tan distantes como Megara, Siracusa, Bizancio, Metapontium, Gela, Sibaris (ciudad de los míticos sibaritas, que sí sabían gozar de los placeres de la vida).

Al principio de los Juegos Olímpicos, cuando la carrera en pista era la más importante y todo se reducía casi a Atletismo, los juegos sólo duraban un día más, pero con el tiempo se incorporaron hasta cinco días más.

Las delegaciones de atletas de cada polis tenían destinadas casas donde pernoctar también sus entrenadores y las personas de rango. Los adinerados tenían sus dependencias propias. El *Leonideo*, el edificio más grande de este estilo, pertenecía al magnate Leónidas de Naxos, una isla del Egeo. Pero la gran multitud de peregrinos, que algunas veces llegaban a las 60.000 almas (téngase en cuenta que Atenas en su momento de máximo esplendor llegó sólo a los 100.000 habitantes), se alojaban fuera del Altis y la mayoría dormía al raso. Al final de este primer día, sin embargo, todos se resistían a retirarse y los espectadores de los Juegos se solían distribuir por el Altis, contemplando los hermosos templos a la luz del crepúsculo o para escuchar a los poetas cantar las proezas atléticas o sorprenderse con los tesoros ofrecidos a los dioses. Discutían, también, sobre los diversos deportes y sus posibles ganadores durante toda la noche. Mientras, los atletas, bajo la atenta mirada de los entrenadores, dormían plácidamente, quien soñando con una gloriosa victoria; quien, con su familia abandonada por unos días; quien, con los años de trabajo hasta llegar hasta allí... y todos esperanzados con pasar a la historia en los días siguientes.

Los días de competición

El segundo día al amanecer, la multitud ya cubría las cercanías del estadio. Esta segunda jornada de los juegos coincidía con el día solar: se competía desde la salida del sol hasta su ocaso. Los *hellanodikae* eran los primeros en entrar en el estadio, precedidos por el más anciano de ellos. A continuación, inundaban el estadio todos los espectadores. Se estrujaban para ponerse cerca de la arena en todo su perímetro o conseguir un puesto cerca de la salida o de la llegada, que en el estadio casi siempre coincidían. Los *raptugi*, patrullas con finas varas para mantener a la multitud fuera de la arena, llevaban a cabo su labor sin miramientos. Era difícil controlar a una multitud enloquecida como aquélla sólo con la autoridad de la mirada y una vara larga, pero los *raptugi* gozaban de un prestigio tercamente ganado por su eficacia. Una vez todos instalados en el estadio, daban comienzo las pruebas atléticas que duraban todo el día. Las pruebas se abrían con el grito del heraldo *¡Zeus vigilará la meta y la victoria!*

El tercer día por la mañana eran las pruebas de hípica, por lo que todos los espectadores se trasladaban al hipódromo. Después de una buena comida los juegos se reanudaban por la tarde, en el estadio, con la prueba-reina de las olimpiadas: el Penthalon. Por la noche se realizaba el sacrificio público a Pélope

(el héroe semidios del que hemos hablado como iniciador de los Juegos). Esta fiesta era a orillas del río Alfeo.

El *cuarto día* se convirtió en una especie de descanso. Por la mañana, todos se desplazaban a la colina denominada Cronos, enfrente del estadio. Y allí tenía lugar la *Hecatombe*, el gran sacrificio a Zeus. La sangre de los bueyes sacrificados (cada polis ofrecía el suyo) era tanta que la palabra hecatombe significa hoy en día una auténtica sanguina o un gran desastre. El humo de tan espectacular sacrificio se pudo ver en alguna ocasión –según cuentan las fuentes– desde Atenas. Los atletas salían del gimnasio para dirigirse a la fachada oriental del templo de Zeus, precedidos de los sacerdotes del dios y de los jueces vestidos de púrpura y con coronas de laurel ciñéndoles las sienas. También les acompañaban los dignatarios extranjeros, los jefes de las diversas delegaciones y sus padres, hermanos y entrenadores. Los heraldos pregonaban la hecatombe a todos. Después de esta ceremonia, que duraba horas, llegaba el banquete en el Pritaneo, en el que se ocupaba toda la tarde-noche.

El *quinto día* era la jornada reservada a la lucha. A última hora se cerraban las competiciones con la carrera de los hoplitas, que habitualmente aglutinaba a los competidores de mayor edad. Se decidió que con ella terminarían los juegos por la gran categoría de los corredores y por su significado en la lucha por la Hélade. A su fin, el heraldo proclamaba en voz alta: *¡Cese el agón motivo de los premios!* A continuación proclamaba la tregua olímpica hasta el regreso a casa de todos los participantes.

Premios. El sexto día

El sexto día se dedicaba sólo a premiar y celebrar. Por la mañana, ante la gran fachada del templo de Zeus, se colocaba cada vencedor la corona de olivo: el famoso *Kallistéphanos* o *Kotinos*. La ceremonia la presidía la gran estatua alada de la Victoria (*Niké* en griego. De aquí viene la conocida marca deportiva, que debería pronunciarse así y no *naik* o *naiky*).

Con los primeros rayos de sol, se procedía a esta ceremonia de coronación. Los jueces se adornaban con un lazo rojo y llevaban en la mano un ramo de palmera: el símbolo de la gloria, para distinguirse de los atletas. Era la gran fiesta en honor de los ganadores. La belleza de este evento es difícil de comprender hoy en día. El heraldo declamaba los nombres de los ganadores y su ciudad de origen. Uno por uno, los atletas se acercaban al pasillo central del templo, donde eran coronados con la corona de olivo. Los campeones anhelaban ese momento por el esfuerzo y las penurias pasadas para llegar a él. Si habían ganado, su nombre pasaría a la posteridad con seguridad. Casi habían alcanzado la inmortalidad. El grito que se daba cuando le coronaba era *tinela kallinike*. Se premiaba a tres por prueba, costumbre que ha permanecido hasta nuestros días, y sus nombres se guardaban en la llamada *lista de la gloria* (sólo a algunos muy famosos se les levantaba con el tiempo una estatua).

Por la tarde, había tiempo para que cada uno diera las gracias a los dioses en sus santuarios y altares favoritos y, por la noche, vencedores, árbitros y personajes públicos clausuraban los juegos en el Pritaneo con un banquete protocolario.

Recibimientos en su ciudad de origen

Para muchos, más emocionante que la entrega de la corona en Olimpia era el recibimiento al llegar a casa. Esta bienvenida a los ganadores en sus respectivas ciudades era espectacular. El ganador entraba en un carro tirado por corceles en su propia polis, de la que había salido como uno más y volvía vencedor de Grecia entera. Se creaba una entrada especial para la ocasión, derribando parte de los muros de la polis, ya que creían que la ciudad ya no necesitaba muros para protegerse de los enemigos al tener hijos tan ilustres. En muchas ciudades se les concedía, además, la gracia de recibir provisiones a cargo del tesoro estatal durante toda su vida. Solón, el gran legislador ateniense, decretó que se le otorgaran 500 dracmas a cada vencedor en Olimpia. Es preciso señalar que, en esa época, una dracma era el valor de una oveja en el mercado. En ningún otro periodo histórico el deporte ha significado tanto (salvo el momento actual, quizá) como en la Grecia arcaica y clásica.

La Polis solía también premiar al vencedor esculpiéndole una estatua o dedicándole un poema. El mismísimo Píndaro habla de "poema o busto". Las poesías se recitaban acompañadas de un instrumento, especialmente con la flauta, y exaltaban los valores éticos del campeón y de la ciudad que le envió. También se convertían en una acción de gracias al dios local por haberlo acompañado a la victoria. La estatua se convertía asimismo en un retrato en bronce y mármol imperecedero. La verdad es que no estaba claro cuál de las dos cosas era la mejor, porque una estatua sólo podía ser admirada por los que la vieran en el sitio donde estaba, mientras que una oda podía ser recitada en varios lugares al mismo tiempo y recorrer toda la Hélade o, incluso, más allá. Como ejemplo de égloga al vencedor incluimos unos versos de Píndaro, el mejor poeta griego del mundo clásico. Se los dedica a un vencedor de los Juegos Olímpicos en el Pancracio. Se trata del joven Pitias y en ellos habla precisamente de esta disyuntiva: "*no soy escultor para hacer estatuas que permanecerán inmutables sobre el mismo pedestal... o dulce canción sal fuera rápidamente y tráeles a todos desde Egina la noticia de que Pitias... ganó el Pancracio, antes de que sus carrillos fuesen cubiertos de fino pelo como la vid en flor*".

IV. Fin y Resurrección del Olimpismo

El final de los Juegos Olímpicos. La Prohibición

Los Juegos Olímpicos estuvieron vigentes hasta el año 393 después de Cristo, cuando el emperador romano-bizantino Teodosio los prohibió. La abolición de los juegos estuvo motivada por estar éstos ligados a los dioses paganos. Teodosio, como se sabe, instauró al Cristianismo como religión oficial del estado (Constantino sólo le había dado la libertad de culto por el famoso *Edicto de Milán*). Pero la ley que condenaba el culto a los doce dioses olímpicos, condenaba también los juegos. Algunos estudiosos y arqueólogos actuales, sobre todo de nacionalidad alemana, sugieren la posibilidad de que realmente los juegos no cesaran tan de repente, ya que probablemente siguieron celebrándose de forma más clandestina durante unos años. Se ha

encontrado una inscripción en Olimpia que contiene la lista de 20 ganadores olímpicos posteriores al 393. Sea de ello lo que fuere, el hecho incontestable es que Olimpia pereció en el siglo IV de nuestra era. Y, desierta y olvidada durante 1.300 años, comenzó a resurgir en 1875, gracias a las excavaciones arqueológicas de algunos sabios decimonónicos, también alemanes (ya antes un grupo de intelectuales habían rastreado algo de Olimpia en el 1827).

La creación de los Juegos Olímpicos modernos

Pero realmente el paso más importante para el conocimiento y la conservación de este impresionante patrimonio deportivo heleno fue la resurrección de su espíritu. En 1896 un francés, apasionado por el deporte y el mundo griego, el Barón de Coubertein, y un intelectual heleno, Dimitrius Mikelas, con el patrocinio de La Sorbona, decidieron revivir los Juegos Olímpicos siguiendo su espíritu y tradición de paz, proclamando la tregua entre las naciones (es la época de la Paz Armada, previa a la Primera Guerra Mundial) para sólo competir en el estadio. Ambos

decidieron conservar también el nombre... Y así quedaron establecidos los Juegos Olímpicos de la era Moderna.

El griego Mikelas consiguió, asimismo, persuadir a todos de que los primeros juegos, que iban a comenzar en 1896, se celebrarían en Atenas, la polis más prestigiosa de la Antigüedad helena y la capital de la Grecia Moderna. Y así fue. El estadio de Atenas se abrió a semejanza del antiguo de Olimpia con capacidad para 40.000 espectadores. Participaron 311 atletas, siendo la delegación más amplia la del Reino Unido, con 81 representantes; le seguían la de Alemania, Francia y el imperio Austro-Húngaro. De los emergentes Estados Unidos de América vinieron 14 atletas. Y, gracias al Cielo, la tradición democrática se renovó en esta primera edición. El primer ganador de maratón fue un lechero llamado Spiros Luis. Desde que el 776 un cocinero de Elis llamado Korigos ganara el atletismo en Olimpia, habían pasado 2.672 años, pero el espíritu seguía siendo el mismo. Gracias a una universidad, La Sorbona de París, deporte y arte, democracia y armonía habían vuelto a fundirse en el alma y el espíritu de los jóvenes, como hoy en día en nuestra universidad y en este artículo ¿puede haber algo más hermoso y más digno?

FE DE ERRATAS

- En el artículo de Sergio Jiménez y Alberto Lorenzo "Estrategias de formación en los entrenadores expertos de baloncesto", publicado en CCD nº 8, pp. 117 a 122, apareció en el filete bibliográfico "Año 4, número 7", cuando debía poner "Año 5, número 8".
- En el Comité Editorial de CCD nº 8, no se incluyó a Miquel Torregrosa (Universidad Autónoma de Barcelona).